

LAS PALABRAS DORMIDAS

Abrió los ojos y tuvo que cerrarlos enseguida, no aguantaron los tímidos rayos de luz que penetraban a través de la persiana, la cabeza le dolía, la habitación le daba vueltas sin parar, no recordaba nada, tenía algo de frío, se dio cuenta de que estaba desnudo en la cama tapado solo con una fina sábana de lino. Sonó el teléfono que había sobre la mesita, al tercer tono lo descolgó y se le cayó al suelo. Sus movimientos eran torpes y erráticos, aunque finalmente, pudo coger el auricular. La voz del otro lado, lo fue trayendo gradualmente a la realidad, la habitación se detuvo, por fin. “¿Héctor?... ¡“Héctor!”, - clamaba una voz del otro lado del teléfono. Y Héctor, en un esfuerzo sobrehumano, que duró apenas unos segundos, fue encajando las piezas del puzle que se había formado en esa habitación. Demasiadas copas anoche, abril, cumpleaños en el piso, amigos, amigas...

Su respuesta fue un burdo balbuceo, que fue suficiente para que la voz del otro lado supiera que Héctor la escuchaba. “Tienes que venir al pueblo... papá ha...”. Un sollozo entrecortado le hizo adivinar lo que su hermana no pudo acabar de decir. Papá había muerto.

Desde niño Héctor siempre había visto a su padre como en la lejanía, no lograba acercarse a esa figura que poco andaba por la casa, todo el día en el campo, de sol a sol. Y al atardecer como si de una sombra se tratase, ajado por el cansancio y parco en palabras, cruzaba el umbral de la casa taciturno y en busca de su cazalla con un puñado de almendras. Apenas les miraba, a su hermana y a él, solo guardaba un esbozo de sonrisa para su madre, que lo esperaba con el licor y los frutos secos preparados en el banco de la cocina.

Había muchas cosas de la vida de su padre que, ni entonces de niño, ni ahora a sus 38 años recién cumplidos, conocía. Todo su ser era un cofre cerrado que atesoraba secretos, vivencias, anhelos, decepciones y esperanzas que solo regalaba a su madre. “Él os quiere, os quiere mucho y todo lo hace por vosotros. Lo que pasa es que no sabe decirlo... ni demostrarlo. Ya estoy yo para eso”. Les decía su madre con una triste sonrisa cada vez que se producía un encontronazo doméstico. Bien fuera por el olvido de echar de comer a los animales; bien por la negativa para salir a la verbena del pueblo con la cuadrilla, pues había que madrugar al día siguiente para regar un cuadro de tierra con cerezos jóvenes; o bien por los dineros que no se podían malgastar en zapatos o chaquetas nuevas, ya remendaría la madre lo que hiciera falta... los dineros estaban para su futuro, para que pudieran estudiar y salir de ese agujero, su agujero. Eso sí lo tenía claro, los estudios de sus hijos, era su manera de mostrarles que, a su modo, le importaban.

Llegó al pueblo en apenas cuatro horas, un velo de negrura cubría la casa, el silencio espesaba el aire y el viento sollozaba al ritmo de los suspiros de su madre. “¡Héctor, mi hijo!”. Sus ojos hablaron entre lágrimas y hundió su mirada en el pecho de su hijo dejándose abrazar y sostener con una fragilidad que nunca antes había dejado entrever.

Coche fúnebre, tanatorio, largas e interminables horas de tanatorio, familia, amigos, besos, abrazos, lágrimas, apretones de manos, más abrazos y por fin, de nuevo en casa para tratar de que el sueño le robara unas horas al dolor y al duelo. Lloran las campanas de la iglesia. Flores, olor a incienso, más lágrimas, pésames, más abrazos y el multitudinario silencio del cementerio roto solo por la paleta del albañil...más lágrimas.

Ya en casa, el aire se había aligerado, los silencios se acortaban y la respiración se tornaba más tranquila. Su madre los miró con ternura, con esa sonrisa triste tan suya y, con un hilo de voz, que fue cogiendo cuerpo y fuerza, comenzó a contar historias pasadas de Juan, su padre. Ese cofre cerrado tenía una llave, Lucía, su madre; que lo abría ahora, a través de sus palabras.

El relato fue retrocediendo en el tiempo. La abuela, los bisabuelos, los tíos... todos se asomaban a la historia de su padre para descubrirle a un Juan que Héctor desconocía. Su hermana cayó sumida en un profundo y reparador sueño en el sofá del salón mientras la voz de Lucía la acunaba. Héctor no podía dormir, entonces su madre le tendió una vieja caja de zapatos con las esquinas comidas por el tiempo. El cofre se volvía a abrir para él mostrando más tesoros. En la caja permanecían adormecidas unas cartas amarillentas que escondían un trozo de la historia de Juan, un trozo de su historia. Quizás ahora, Héctor lograría acercarse un poco más a su padre. Comenzó a leer mientras Lucía descansaba la mirada al ritmo de la vieja mecedora de madera.

* * * * *

Alfortville, 27 de febrero de 1967

Mi muy querido Juan,

Ya han pasado más de dos meses desde que las luces de Navidad y los villancicos llenaban la casa del pueblo y mi departamento. Tan lejos y tan cerca. Lejos en la distancia, sí, pero cerca en el corazón. Aquí, con la música de la lluvia y mis piernas bajo la falda de la mesa camilla, echo de menos el calor del brasero de casa de los abuelos. El café tampoco sabe igual. Créelo, no dejo de pensar en ti y por ti. Todo sería más fácil, en esta distancia que nos separa, si no nos separara también el silencio.

Sabes bien que tuve que hacerlo, marcharme no fue una opción, era la única salida. El pueblo siempre estará esperándome para cuando las cosas mejoren, que mejorarán... nada es eterno, tampoco lo malo.

Tu lugar ahora está en el pueblo, cuidando y protegiendo a los nuestros. Yo luché por mantener tu vida, mi vida y mi dignidad allí, pero no puedo hacerlo más, ahora lo haré desde aquí. No renuncio a mis raíces, sois mi razón de ser, pero he de crecer, mis ramas han de crecer.

Siempre estuve sola hasta que llegaste a mi vida. Aunque tuve que criarte sola, ya nunca me sentí así gracias a ti. Ahora, además, alguien ha aparecido en este camino que he comenzado en Francia, pero que de ningún modo te deja atrás.

Te pido que rompas este silencio que está rompiendo mi corazón. Te pido que me hables, que me cuentes, para sentir, de nuevo, que contigo nunca estaré sola.

Te quiere, tu madre

Aurora

** * * * **

Alfortville, 9 de abril de 1967

Mi muy querido Juan,

Los cerezos ya estarán en flor, pintando de rosa el horizonte del pueblo. Aquí, en mi departamento, llueve, sigue lloviendo. Tengo la vista agotada de enhebrar y contar hilos en las sábanas de lino de la señora. Las jornadas son eternas, desde la preparación de las mesas para el almuerzo, hasta las tardes de plancha llenas de organzas y encajes.

Pero mi cansancio no merma mis ganas de escribirte y saber de ti. Qué largo se hace el silencio y la incertidumbre de no saber, de no poder imaginar a través de tus letras cómo vais abrazando la vida por el pueblo. Si el rebaño del abuelo da la suficiente leche y lana para ir tirando, si la abuela sigue con sus panquemaos y roscos de anís inigualables, si los campos y el negocio prosperan por tu tesón, si tú andas, o no, con alguien que te ilumine la mirada y te abra esa sonrisa única.

Cómo quisiera poder explicarte mirándote a los ojos y cogiendo tus manos que era más necesario sobrevivir en el pueblo con dinero venido de fuera, que vivir en el pueblo muriendo en la miseria. Me marché en busca de un trabajo que pudiera ayudar a la casa, a la familia. Nunca os abandoné, nunca os abandonaré. Aunque, sí, alguien ha abierto mi sonrisa aquí, la vida nos lo puede regalar sin importar la edad.

Aquí la luz es más tenue, todo es más gris y plomizo, las nubes le ganan la partida al sol a diario, las jornadas pesan como grandes losas. Solo la esperanza de que sea para una mejor vida de los míos y tener la compañía de Norbert lo más hace llevadero.

Pero, necesito sentir que estás, porque tu presencia, tu cariño y tu voz escrita me harán más fuerte, me ayudarán a andar este camino y sentir que contigo nunca estaré sola.

Te quiere, tu madre

Aurora

* * * * *

Caudiel, 25 de mayo de 1967

Madre,

La angustia que sientes por no saber es la misma que yo siento al saber que no estás para echar las cortinas de la sala cuando la campana del convento despierta al pueblo a punto día.

Por eso te mando estas letras, para que sepas que estamos bien, con la lucha diaria. Bregando con el ganado, que con esta sequía tiene poco pasto allá en la sierra y andan los animales algo bajos de carnes para dar buena lana y buena leche. Amasando sin parar en las madrugadas para tener a punto las hogazas a primera hora de la mañana; suerte de la tía Pilar, que la tenemos siempre al pie del cañón ayudando a la abuela.

En cuanto a mí, también se me hacen largos los días, aunque no hay un minuto libre de tareas, y más ahora en plena campaña de cereza, los recuerdos y tu imagen siempre se cuelan entre las grietas de mi pensamiento. Entonces aparece el dolor, la angustia y la impotencia. El dolor por tu ausencia y la sensación de abandono. La

angustia de no saber qué cobijo te guarda por la noche. La impotencia de no poder hacer nada para que vuelvas.

Porque mi responsabilidad pesa más que el deseo de volar, porque no me rindo ante la posibilidad de seguir luchando desde mi tierra y por mi tierra para salir adelante. No logro entender qué es lo que te pesó tanto para que marcharas lejos de nosotros. No lo entiendo y no lo perdono. Quizá el tiempo lo vaya colocando todo en su lugar, pero por ahora, este es el tiempo que nos toca vivir.

Recibe esta carta como una señal de vida de la familia que has dejado atrás, que no como una puerta abierta a mantener el vínculo que una vez nos unió.

A pesar de tus letras, me faltan tu presencia y tu voz, por eso sí, yo sí siento que estoy solo.

Juan

** * * * **

Caudiel, 03 de junio de 1967

Querida prima,

Espero que al recibo de la presente te encuentres bien. Por el pueblo todo sigue como siempre, ya sabes que la vida aquí tiene unos andares muy lentos. Aun así, déjame que te ponga al corriente de cómo van las cosas, ya que te intuí con cierta desazón en tu última carta. Los tíos andan como siempre. Tu padre peleando con el ganado, la sierra no da tregua. Como el día ya alarga más, puede ayudar un poco a tu hijo Juan, que falta le hace. Este año la tierra y el cielo se han portado bien y hay buena cosecha, estamos en plena campaña de cereza, parece que el precio es bueno y se pueden defender bien en las paradas de los pueblos. En el mercado de Segorbe se las quitan de las manos. Tu madre y yo, ahí seguimos, entre harinas, llandas y levaduras. No hemos salido de las monas y ya estamos pensando en las cocas de San Juan... ¡faena no falta!

En tu carta me preguntas por tu hijo... Sí, ha conocido una muchachilla de Benafer, Lucía, la hija de Plácido el fustero. Parece una chica prudente y discreta. Cuando se les ve por ahí paseando y en el baile, la expresión de Juan es otra, su semblante se torna más alegre. La luz de esa sonrisa suya tan especial vuelve a ganarle la partida a la sombra de preocupación que acostumbra a mostrar su semblante.

Estate tranquila, prima Aurora, por aquí todo va marchando. Espero que los franceses te estén tratando bien y que merezca la pena el sacrificio que estás haciendo. ¿Ya has aprendido alguna palabreja de las de ellos? Seguro que, con tu desparpajo, te haces entender a las mil maravillas.

Esperamos tus noticias con gran anhelo. Escribenos pronto, tu madre no hace más que pedirme que le lea tus cartas.

Tu prima, que te quiere.

Pilar

* * * * *

Alfortville, 05 de julio de 1967

Mi muy querido Juan,

Qué alegría tan grande, el poder leerte. Tu carta ha sido mi aire para poder respirar en este París que ahoga con sus pasos apresurados y las miradas que no miran, que se pierden en el infinito de la incertidumbre y la preocupación. Me he imaginado junto a ti, bajo la piedra del cerezo de la loma. Nuestra piedra, ¿la recuerdas? Y cómo allí, mirándome a los ojos, me contabas todo eso que albergas con tanto pesar dentro de ti.

También yo siento dolor, angustia e impotencia, Juan. Dolor por ausentarme. Angustia al saber que estáis sufriendo. Impotencia de que, por el momento, no puedo hacer nada para volver.

En tu carta te preguntas, me preguntas qué es lo que me pesó tanto para marchar lejos de vosotros. El amor es lo que me pesó, el amor es lo que me empujó hacia este país con la esperanza de que todo fuera más deprisa que allá en el pueblo. Entiendo que no me perdones, entiendo tu enfado con la vida, con tu madre y la sensación de abandono, pero mi corazón se hiela solo de pensar por un instante que os pueda dejar atrás. A través de la cortina de lluvia incesante de París, intento abrirme camino, siempre hacia adelante para no dejaros atrás. Cada puntada en las entretelas de unas enaguas, cada puntilla almidonada, cada juego de té colocado en la vitrina son un pequeño paso que me acerca a vosotros. Cada día me convengo de que los cristales empañados dejarán paso a ese sol

que calentará suavemente nuestras frentes y podremos volver a cerrar los ojos para verlo y sentirlo con más fuerza.

Mi querido Juan, ese amor a la familia nos mantendrá unidos y fuertes a pesar de la distancia, que no será para siempre.

A mí también me faltan tu presencia y tu voz, las necesito como el aire para respirar... He logrado juntar unos ahorros para poder estar unos días junto a vosotros. Este otoño, la señora de la casa se ausenta por un viaje a La Provence, allí el tiempo será más amable con su dolencia. Son unas semanas en las que podré pasar a España. En las que podremos hablar, callar, escuchar, perdonar, pedir perdón, llorar y reír.

Espero esas semanas con ansia e ilusión.

Te quiere, tu madre

Aurora

* * * * *

Caudiel, 18 de agosto de 1967

Madre,

Qué decirte... Nada que no te haya dicho ya. Pocas son las palabras que me quedan para intentar explicarte mi sentir, cómo estoy por dentro.

El dolor, la angustia y la impotencia siguen ahí, no se marcharán así como así. Bien es cierto, también, que los lazos de la sangre luchan contra esta dura realidad.

Por el momento, el campo, el horno y ver a los abuelos siempre en la brecha es lo que me ilumina en el camino. Aunque otras luces irán apareciendo que me guiarán y ayudarán a pesar de que tú no estés.

De todas maneras, no puedo ocultarte que espero la llegada del otoño.

Tu hijo, Juan

* * * * *

Ante los ojos de Héctor todas esas palabras dibujaban un nuevo perfil de su padre. Empezaba a entender, a comprender a esa mirada ausente, a ese corazón hermético, a esas emociones aprisionadas por el dolor del abandono. Y

la abuela, la abuela Aurora, era algo más que la abuela huida a Francia. Asomaba en las cartas una abuela audaz y valerosa que luchó por su familia... “No todo es lo que parece, hijo” Cuántas veces le había musitado esas palabras su madre... Ahora cobraban mucho más sentido.

Héctor quería seguir leyendo, pero el sueño le estaba ganando la batalla, se apoderaba de sus párpados cansados y de su mente saturada por lo vivido en estas últimas horas.

Cerraría la caja por esa noche, pero el cofre ya nunca más quedaría cerrado para siempre. A pesar del vacío por la muerte de su padre, nacía en Héctor una sensación de plenitud que invadía todo su ser. Una potente luz se colaba por todos sus sentidos e iluminaba su interior, la oscuridad se desvanecía para dar paso a nuevos amaneceres en los que otras muchas palabras escritas por su padre le aguardaban adormecidas entre sábanas de papel.

Por la mañana, y como hacía dos días, abrió los ojos, pero esta vez, no tuvo que cerrarlos, los tímidos rayos de luz que penetraban a través de la persiana despertarían esas palabras desvelando, por fin, esa parte de su historia que estaba empezando a conocer.